

HUBERT NIXON, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA

Simbólica del estado de ánimo de una buena parte de la opinión pública norteamericana pudiera ser la actitud del presunto elector que la emprendió a bofetadas con el amigo que acababa de decirle que votaría por Richard M. Nixon.

—Pero—observó la víctima de aquella inesperada agresión—, ¿no me habías dicho cuando te lo pregunté que Nixon y Humphrey eran absolutamente igual?

—Sí—contestó el agresor—, pero no me gusta que nadie me lo recuerde.

La tendencia hacia lo que en el fondo se podría considerar como la presentación—y la elección—de un candidato único a la presidencia de los Estados Unidos no es de hoy. Más bien, y con una sola excepción, 1964 ha seguido una trayectoria constante desde el momento en que, inesperadamente, surgió en el panorama político nacional la figura de Wendell Willkie, en 1940, frente al imbatible Franklin D. Roosevelt. Quizá por sospechar que la actitud del *metoo* podía ser la causa real del alejamiento del partido republicano de la Casa Blanca, a la que hasta los años 30 y el *New Deal* bien podría considerarla como algo de su propiedad, o por la acción de circunstancias especiales, se produjo un cambio inesperado de rumbo en este año de 1964, y con resultados ruinosos. (De hecho, los años de 1952-1960 son una excepción que no vale la pena, en cuanto a esto, de ser tenida en cuenta. En cierto modo podrían considerarse como la mejor y más decisiva confirmación de lo que aquí se sostiene, en vista de la aparente facilidad con que el general Dwight David Eisenhower llevó adelante las funciones de su cargo sin dificultades especiales y hasta en un ambiente de armoniosa colaboración a menudo, a pesar de encontrarse el partido demócrata durante una gran parte de ese tiempo en posición dominante en el Congreso. Podría incluso llegarse

a la conclusión de que para Eisenhower pudo resultar más llevadera y hasta más agradable la tarea presidencial cuando el Congreso estaba dominado por el partido de la oposición.)

Con la segunda guerra mundial y, sobre todo, los años de la posguerra, un ambiente de general bienestar, prosperidad y hasta grandes riquezas cuyas raíces encontraron un suelo especialmente acogedor en la era del *New Deal*, dedicado con algo más que palabras al *common man*, alcanzó un extraordinario, fantástico desarrollo el proceso que ha hecho de los Estados Unidos la potencia de las mayores y más distribuidas riquezas. (Las excepciones, caso de existir, son de esas que tienen importancia, en primer lugar, por afectar a grupos de población relativamente pequeños y, por ello, de muy escasa y limitada significación. Es frecuente hablar del muy extendido a la vez que muy alto nivel de bienestar de Suecia o de la renta nacional *per capita* de Kuwait como la más alta del mundo. Pero todo ello apenas tiene otra significación que el demostrar una vez más que resulta difícil, cuando no imposible, llegar a conclusiones tajantes y definitivas sobre una cosa o la otra.)

Al mismo tiempo que un alto—y creciente—nivel de prosperidad, incluso de opulencia, para culminar en definiciones como las de Kenneth Galbraith en su *The Affluent Society*, se fue extendiendo por todo lo ancho del panorama nacional (sin dejar por ello intocadas o poco menos zonas, incluso regiones y grupos de población, como hace el agua de las grandes riadas), se fue extendiendo y acentuando una manera de pensar—de pensar lo menos posible, con frecuencia—y reaccionar: la manera burguesa que acaso haya alcanzado hasta ahora el más alto grado de desarrollo en los Estados Unidos. Y que se ha ido dejando dominar sin resistencia, con agrado, por un sentimiento eminentemente conservador. Podría en estos momentos llegarse a la conclusión de que en país alguno del mundo es tan fuerte, tan general y tan justificado, además, este sentimiento conservador que explica perfectamente la curiosa y persistente analogía en lo esencial en los puntos de vista y actitudes de lo que se llama programa, por llamarlo de alguna manera, de los dos grandes partidos políticos nacionales, y de lo cual apenas se habla—y sólo brevemente cuando se hace—más que en un año de elecciones presidenciales.

Si se pudiese eliminar de los dos principales de este año toda posible alusión a partidos, personas y circunstancias, sería ciertamente difícil encontrar en ellos diferencias de fondo suficientes por sí solas para alcanzar sin otra ayuda una identificación correcta. En uno y otro caso se destacan claramente

tres—las mismas—cuestiones fundamentales: la guerra del Vietnam, la ley y el orden y la llamada crisis urbana, que en cierto modo guarda una relación considerable con la segunda, puesto que uno de sus aspectos esenciales es el proceso de rápida decadencia, corrupción y desintegración de amplias zonas del casco urbano de muchas ciudades convertidas en un *ghetto* racial donde la delincuencia y el desorden encuentran un ambiente extraordinariamente acogedor.

En cuanto a la guerra del Vietnam, la primera y más importante de las grandes cuestiones que hacen pensar—lo que, la insistencia resulta irresistible, no suele darse muchas veces—al norteamericano medio, la posición de uno y otro partido podría quedar resumida en estos dos párrafos:

«Nuestra tarea más urgente en el Sudeste asiático es poner fin a la guerra del Vietnam con un arreglo honorable y duradero que respete los derechos de todo el pueblo del Vietnam.»

«Un programa de paz en el Vietnam—no de paz a cualquier precio ni una camuflada rendición de los intereses legítimos de los Estados Unidos o aliados—, pero un programa positivo que ofrezca un arreglo justo y equitativo para todos, basado en el principio de la autodeterminación, de nuestros intereses nacionales y la causa de la paz mundial a largo plazo.»

* * *

Hasta para algo tan fundamental ya como la cuestión de la ley y el orden, cuya importancia quedó proyectada al panorama nacional con la espectacularidad que ofrecía el escenario de la Asamblea Nacional—*Convention*—del partido demócrata celebrada este año en un recinto protegido por alambradas, con las vías de acceso bloqueadas para toda persona ajena y con la prohibición incluso de pasar por encima a altitudes inferiores a los 750 metros, salvo en el caso de helicópteros que tuviesen con ella una relación directa (posiblemente para el traslado del presidente Johnson, que no se hizo por haber preferido continuar en su rancho de Tejas, donde por aquellos mismos días celebró su sesenta cumpleaños), apenas se podía notar diferencia alguna de fondo entre uno y otro programa. O plataforma —*platform*—, que es su nombre tradicional, por tratarse de una especie de plataforma hecha de tablones—*planks*—que son, a su vez, los puntos o capítulos del programa.

Mientras en uno, el demócrata, se insistía en la necesidad de llevar adelante una «campana vigorosa y sostenida contra la ilegalidad en todas sus

formas», aunque para recalcar a continuación la decisión de fomentar y facilitar el desarrollo de esta campaña con «un ataque a las raíces del crimen y el desorden», en el otro, el republicano, se reclamaba una «acción decisiva» para sofocar el desorden, si bien acto seguido se daba expresión a la necesidad de adoptar medidas—hacia las cuales el partido republicano se sentía «fuertemente inclinado»—para «aliviar y eliminar las frustraciones que contribuyen a los desórdenes y revueltas».

Sólo en la tercera y última de las grandes cuestiones que este año aparecen proyectadas hacia el primer plano de la actualidad nacional—otra, muy secundaria en cualquier caso, al menos por ahora, la posibilidad de un renacimiento de la guerra fría a causa de la invasión militar sufrida por Checoslovaquia, se produjo demasiado tarde para ejercer influencia alguna en la preparación y aprobación del programa republicano, y cuando en realidad ya el programa demócrata estaba redactado en forma poco menos que final y definitiva—es posible advertir alguna mayor diferencia. De énfasis más bien que de fondo.

Tanto los republicanos como los demócratas, influenciados y en ocasiones dominados por sectores y tendencias que sienten una necesidad creciente en acentuar en el sentido de la responsabilidad social, parecen haber llegado a la conclusión de que es inaplazable más bien que necesaria una campaña activa y vigorosa para la transformación—modernización, saneamiento y embellecimiento—de las ciudades sometidas a un proceso de rápida decadencia y descomposición. Y para la eliminación, al mismo tiempo, de la pobreza, de la cual quedan reductos que llaman mucho más la atención por ser tan general y extendido el ambiente de prosperidad que ha hecho clasificar a los Estados Unidos como una potencia opulenta en un sentido genuinamente nacional.

Incluso para esto la coincidencia es completa en lo fundamental. Quedan sólo diferencias de detalle, si bien en este caso sería posible pensar en un hincapié que apunta a diferencias más esenciales. Sin perder de vista la necesidad de una intervención oficial activa, federal, estatal y municipal, para hacer frente y resolver uno de los grandes problemas de nuestro tiempo en países altamente industrializados, como los Estados Unidos, y sin que en ningún caso, es más, se ignore el papel que debe jugar la Empresa privada para hacer lo posible con miras a colocarla o mantenerla por delante de la acción gubernamental o viceversa, en el programa demócrata es bas-

tante mayor que en el republicano el empeño puesto en darle el carácter de una responsabilidad esencialmente gubernamental.

Se va incluso más lejos por el lado demócrata al establecer una relación directa entre la situación en que se encuentran las ciudades norteamericanas y las conclusiones a que ha llegado una comisión presidencial, como una por lo menos de las causas principales de ese ambiente de desorden civil que se ha ido convirtiendo en una de las notas dominantes—y dolorosas—de un panorama en el que son tantas y tan importantes las cosas que se van quedando forzosamente al margen del *main stream*, la corriente principal de la vida nacional.

Por un lado, se hace hincapié especial en el sentido—la función también—de la participación y responsabilidad de la empresa privada, uno de los principios básicos del Partido Republicano acostumbrado a hablar y clamar contra «el gobierno excesivo», es decir, la mucha y creciente intervención y participación del gobierno en tareas y funciones originalmente consideradas como reservas exclusivas de la iniciativa privada. Sólo al cabo de muchos años y de la influencia de circunstancias especiales, como las necesidades extraordinarias de un gran país en guerra, ha sido posible la penetración de alguna forma de intervención y jurisdicción estatal en cosas como los ferrocarriles o los teléfonos y telégrafos, que en los Estados Unidos siguen siendo parcelas de la jurisdicción de empresas privadas, aun cuando se trate, como en el caso de los teléfonos, de lo que es en realidad un vasto monopolio nacional que ha hecho posible la formación de una de las mayores y más productivas corporaciones de propiedad enteramente privada.

Por el otro, el creciente sentido de la responsabilidad oficial en relación con actividades y tareas que llegan a tener un acusado carácter social, por la naturaleza de los servicios prestados, por la necesidad de concesiones oficiales, por el peligro constante de que el móvil de la ganancia acabe ejerciendo una influencia deletérea en lo que se cree que debe ser, en primer lugar y ante todo, un servicio nacional, como es el caso de los transportes públicos o de actividades con tendencia a la concentración monopolista, por cosas como la necesidad ineludible de capitales de inversión en vasta escala.

Muchas veces, la presión en este sentido ha procedido del campo republicano más bien que del demócrata. A pesar de estar considerado éste, al menos en un principio, como el partido de las masas urbanas, de los obreros industriales más bien que de los campesinos, de los que pagan renta en casas de inquilinato en la ciudad más bien que de los que viven en casas de su pro-

piedad por distritos y zonas del extrarradio del pequeño burgués, comerciante, empleado, profesional, más bien que los grandes potentados, los capitanes de la industria, el comercio y la banca.

Con frecuencia ha sido difícil—imposible a veces—encontrar diferencias razonables o justificadas de un carácter económico o social a pesar de que la tradición aconsejaba que el campesino del Medio Oeste debería ser republicano y el residente de las grandes ciudades del Este demócrata. Que en el Partido demócrata hubiese una tendencia acusada a resaltar y realzar la importancia de las reivindicaciones sociales y las intervenciones o limitaciones en el campo de acción de grandes, poderosos intereses económicos y financieros es algo que pudiera parecer natural en la mayor parte del país. No en todo, porque en los Estados del Sur y por causas históricas sobradamente conocidas, el Partido Demócrata llegó a ocupar posiciones de un carácter exclusivamente conservador y hasta, en cierto modo, totalitario, por entorpecer y con frecuencia destruir de manera decisiva, desde el poder o fuera de él, toda posibilidad de desarrollo para ese elemento de oposición, sin lo cual la democracia política es ficción pura y simple.

De un estado de cosas así, desfavorable desde el principio a una transmutación de lealtades, han ido saliendo, a lo largo de la historia política de los Estados Unidos, movimientos y fenómenos que le dan en cierto modo características únicas y en ocasiones singularmente atractivas. Como los movimientos progresistas republicanos que han dado al país figuras tan extraordinarias como el senador Gerald Nye o el gobernador Robert La Follette, o de reforma y lucha contra los monopolios de que fue un gran dirigente Theodore Roosevelt, o rarezas—apenas se podrían considerar de otro modo—en las que se mezclaban en extraña combinación el liberalismo y el reaccionarismo, el sentimiento de la responsabilidad social y el aislacionismo, hasta el punto de crear un estado de apasionamiento nacional que en algunos momentos hizo pensar incluso en la posibilidad de que un William Borah pudiese llegar a la Casa Blanca.

Si el socialismo—menos todavía el comunismo—no ha conseguido calar por debajo de la superficie misma del panorama político norteamericano, y esto sólo de una manera local y puramente episódica (fueron necesarias circunstancias muy especiales para que un candidato socialista a la presidencia consiguiese en una ocasión algo más del millón de votos) el radicalismo político, mucho más republicano que demócrata, ha llegado a tener arraigo y, al mismo tiempo, una gran influencia. Mucha de la legislación de un carácter

social y políticamente avanzado ha encontrado los comienzos en las campañas de esos movimientos que han tenido como escenario principal y más frecuente la región del Medio Oeste.

Se podría llegar a la conclusión de que la nota dominante de la campaña electoral en este año de 1968, que es el de la invasión militar de Checoslovaquia, el de la visita de Paulo VI a Colombia, el de la encíclica *Humanae Vitae* y otras cosas, en potencia al menos profundamente perturbadoras o tremendamente significativas, sólo podría ser una, la más frecuente en acontecimientos como éste la crítica que ha querido ser demoledora, del candidato republicano a la presidencia—y todos sus colaboradores, por supuesto—de la labor realizada desde el poder en los últimos cuatro años, y el esfuerzo sistemático de la otra parte, la demócrata, por defenderla.

* * *

Alguna vez se ha podido decir que los hombres excepcionales son para circunstancias excepcionales. Y en los Estados Unidos de hoy, casi un cuarto de siglo después de la segunda guerra mundial, en que quedaron colocados definitiva y sólidamente los cimientos de una situación de crecimiento, riqueza, poder e influencia que acabó envolviendo al país en un ambiente de opulencia más bien que bienestar en lo material y de monótono, aburrido adocenamiento en casi todo lo demás, nada debería tener tanta importancia como el contar con condiciones favorables para el disfrute de los beneficios de una situación tan envidiablemente privilegiada. Todo eso del Vietnam, los *ghettos*, Checoslovaquia, las andanadas frecuentes contra el dólar, el general De Gaulle, ¿qué pueden ser sino perturbaciones premeditadas con las cuales agitar y desorientar la vida de una nación que no por nada se sentía cautivada, adormecida casi, por los encantos de una dorada madurez conservadora?

De no haber surgido de pronto, casi inesperadamente, toda esa serie de fuerzas y complicaciones—internas mucho más que externas, a pesar del costo ya ruinoso de la guerra del Vietnam y del peso y complicaciones de la vasta red de bases, intereses y compromisos de los Estados Unidos por el exterior—, ¿a qué pensar e insistir tanto, como ha sido tendencia morbosa de este año, en la insuficiencia, insignificancia e incapacidad anticipada de los candidatos a la presidencia de los dos grandes partidos de turno, el republicano y el demócrata?

La insistencia, casi el placer, con que tantos norteamericanos han mantenido una actitud devastadoramente peyorativa frente a esos dos candidatos a la presidencia, Richard M. Nixon y Hubert H. Humphrey, en posiciones políticas e ideológicas tan similares que a lo más a que se ha podido llegar en el esfuerzo por encontrar alguna diferencia notable es que uno está en el centro con una muy leve inclinación a la derecha, mientras que otro está en ese mismo centro, aunque con una inclinación a la izquierda tan leve que llega a ser casi imperceptible, ¿podría ser otra cosa que una aberración? Sólo medianías han aspirado, las más de las veces, y alcanzado la presidencia de los Estados Unidos.

Es posible que el sistema mismo—de democracia, en fin—sólo excepcionalmente permita otra cosa. Pero aun cuando lo permitiese podría dudarse mucho de los resultados. El celo reformador que suele ser rasgo dominante de una personalidad de gran relieve político no siempre tropieza con un ambiente adecuado para llamar la atención y ganar popularidad y votos. Más de una vez, como en los momentos actuales de los Estados Unidos, lo que menos se desea es, precisamente, un celo reformador que se presiente habría de producir serias dislocaciones en un ambiente favorablemente predispuesto al disfrute tal y como es.

Sólo en el aspecto personal es posible encontrar diferencias llamativas entre los principales candidatos a la presidencia de este año. Aparte el empeño puesto en soslayar más bien que en hacer frente a las grandes cuestiones que tiene planteadas la nación en estos momentos—por el lado de Nixon se habló de 167, que habían sido presentadas y definidas con absoluta claridad y franqueza en los momentos mismos en que la campaña electoral estaba en los comienzos—ya reducidas a tres y que incluso se podrían llegar a resumir en una sola, en la cuestión de la ley y el orden, que parece ser la grande, casi única preocupación de una nación estremecida, el mayor interés y esfuerzo de los candidatos presidenciales republicano y demócrata de este año ha estado en despertar o confirmar sentimientos de simpatía y, sobre todo, de confianza en la opinión pública nacional.

Ni en el caso de la guerra del Vietnam, sobre la que se ha resistido a tomar posiciones más claras que la promesa de restablecer la paz si salía victorioso en las elecciones y de iniciar un proceso de «desamericanización», porque cualquier otra cosa podría comprometer la posición de los Estados Unidos y su Gobierno, ni en el de la paz interna, sacudida con tal violencia por los desórdenes de Chicago durante la asamblea nacional demócrata que

un editorialista sintió la necesidad de hablar de una «orgía canibalista», produjo Nixon la impresión de quien quiere ir más allá de una somera presentación de cualquiera de las grandes cuestiones sobre las cuales podría sentir la nación la necesidad de que los aspirantes a la presidencia adoptasen una actitud concreta y de inconfundible claridad.

Sólo había otro candidato, que parecía ocupar una posición muy secundaria, pero que no dejaba de ser un motivo de seria preocupación, ante la posibilidad de mermar mucho la votación de los candidatos principales en ciertos Estados y sectores de la población, entre los conservadores extremados del Sur, que podrían haberse inclinado decididamente hacia el lado de mister Nixon este año, o entre una buena parte de la pequeña, muy pequeña, burguesía blanca en los grandes centros urbanos, en su mayoría afiliada a los sindicatos donde el Partido Demócrata ha solido tener una fuerte mayoría y en la que despuntaban inquietantes o indicios de preocupación y hasta temor ante los progresos económicos y sociales de la minoría negra; y ante la posibilidad, sobre todo, de impedir que ninguno de los candidatos principales alcanzase una mayoría absoluta en el Colegio electoral, con lo que la elección del presidente habría de ser confiada a la Cámara de Representantes y la del vicepresidente al Senado. Este candidato, George C. Wallace, consiguió llamar seriamente la atención por la forma, directa y reiterada, de insistir en la necesidad de imponer el orden a toda costa, de defender la actuación de la policía en cualesquiera circunstancias y de tratar en forma desdeñosa al descontento, la disensión y el no conformismo, todo ello instigado y movido por los «cabezas picudas»—que no eran otros que los intelectuales que en los días de la campaña electoral de Adlai Stevenson pasaron a ser conocidos como *egg-heads* o «cabezas de huevo»—y los «seudointelectuales». «Los otros dos partidos (el republicano y el demócrata)—declaró Wallace en un programa de televisión—están presa del pánico por haberse dado cuenta al fin de que ya no pueden engañar al pueblo norteamericano. Se han sostenido tanto tiempo en el poder por no quedar otra salida.»

* * *

Richard Nixon, con cincuenta y seis años, y Hubert Humphrey, con cincuenta y siete, hicieron entrada en el panorama de la vida política nacional casi al mismo tiempo, el primero en 1946, el segundo un par de años después.

La casualidad o las circunstancias llevaron a Nixon a tomar, desde el primer momento, posiciones que muchos creyeron que acabarían cortándole fatalmente el camino de la Casa Blanca, en el caso de sentir alguna vez la necesidad de ir tan lejos. Se encontraba terminando el servicio activo, en la Marina, en Baltimore, cuando recibió carta de un amigo, Herman Perry, banquero de California y miembro de una comisión dedicada a la busca de un candidato republicano para enfrentarlo con el anciano, aunque todavía muy popular, Jerry Voorhis, que aspiraba a un nuevo mandato como miembro demócrata de la Cámara de Representantes.

Una victoria apurada entonces condujo a una más ancha dos años después y a la derrota, en la campaña electoral de 1950, de Helen Cahagan Douglas, popular figura de la política y el cine que aspiraba a pasar de la Cámara de Representantes al Senado. En esta campaña mucho más que en cualquiera de las anteriores, se perfiló y acentuó la orientación anticomunista del joven Nixon, que acabó jugando un papel fulgurante en el proceso que desembocó en el juicio y condena de Alger Hiss, durante años importante personalidad del Departamento de Estado. En 1952 se presentó como candidato a la vicepresidencia, con el general Eisenhower a la cabeza de la candidatura republicana, y de nuevo cuatro años más tarde.

Un triunfo tras otro puso una nota de honda amargura en el tropiezo de 1960, cuando por un margen extremadamente apurado—118.574 votos populares de un total de casi 69 millones depositados en las urnas aquel año, algo así como el 0,02 por 100—, que dejó desbaratadas sus aspiraciones presidenciales, la culminación lógica, se podría esperar, de ocho años en la vicepresidencia. (No han dejado de llamar la atención las pocas probabilidades que ha tenido en el pasado un vicepresidente de llegar a la presidencia por otro camino que el del azar, que podía situarle allí antes de la terminación del mandato del titular, otro de los muchos argumentos que se han esgrimido este año en contra de la candidatura de Mr. Humphrey.)

Y acaso mucho peor todavía en el intento, realizado dos años más tarde, por derrotar al gobernador de California, el demócrata Pat Brown, tarea que muchos consideraban sumamente fácil, por creerse que la popularidad de mister Brown había entrado en la fase de una rápida decadencia. Pero Nixon sufrió una nueva y más decisiva derrota y él mismo pareció haberse dado cuenta perfecta de la situación en que se encontraba al encararse, con gesto de mal humor, con los periodistas que no habían hecho, por lo general, ostentación alguna de simpatía hacia él personalmente o hacia su posición polí-

tica en el pasado. Para advertirles: «Señores, ya no volverán a contar ustedes con Nixon para darle patadas como a un balón.»

Mr. Nixon se trasladó de California a Nueva York, fundó una importante sociedad de abogados—todos ellos demócratas—, de cuyo lado cayeron cuentas de auténtica importancia, como la de una de las mayores compañías fabricantes de refrescos del país, y pudo, al recibir unos ingresos muchas veces mayores que los que habían estado a su alcance hasta entonces, contemplar la vida con aire de optimista satisfacción. Viajar mucho también, por el país y el extranjero, casi siempre en compañía de esposa y dos hijas, cuando las obligaciones colegiales de éstas lo permitían, para observar, escribir, pronunciar discursos y empezar a sentir otra vez interés por las cuestiones políticas, sin dejar nunca por ello de atender a sus obligaciones.

En Nixon, como persona, hay algo que acusa voluntad, tesón y una capacidad de trabajo, de persistencia y resistencia, enteramente fuera de lo normal. En conversación con los periodistas, mucho menos hostiles ahora que en el pasado, habló de lo que hacía en los momentos mismos en que se estaba preparando el discurso de aceptación de la nominación como candidato a la presidencia—con aquella reiteración sobre *I see a year*, en alusión a 1976, el año del segundo centenario de la guerra de la independencia norteamericana y en la que había mucha menos novedad de lo que pareció llamar mucho la atención, pues otros habían caído en el mismo recurso, Franklin Roosevelt uno de ellos, al hablar en una serie de párrafos sucesivos de la nación que él veía en 1940, como promesa para un nuevo mandato, con toda la mano de obra ocupada, con grandes oportunidades culturales y educacionales para todos sus ciudadanos—para dejar asombrados, inevitablemente, a los que le escuchaban.

«Intento—dijo Nixon en esta ocasión—levantarme a las siete y media, tomar un desayuno rápido y quizá un baño en la piscina, para empezar a escribir a las ocho y media. Escribo durante un rato en un bloque de papel amarillo de tamaño grande y después hablo lo que he escrito ante un magnetófono, para después hacerle hablar a su vez, y si hay en ello algo que no me gusta, lo reviso. A mediodía, interrumpo el trabajo durante unos diez minutos para el almuerzo. A continuación vuelvo a la mesa hasta las cinco y media, aproximadamente. A continuación, la cena, solo y otra vez el trabajo, durante cuatro o cinco horas más de escritura.»

Nixon, como Humphrey, es de orígenes humildes más bien que modestos. Empezó la vida, como su padre, trabajando en el campo, en una tienda de

viveres y en una gasolinera. Con muchas dificultades y sacrificios, de él y de su familia—sus padres, Francis Anthony y Hannah Milhous Nixon, tuvieron cinco hijos—, acabó ingresando en el Colegio Whittier, pequeña institución cuáquera, para alcanzar, gracias a una beca, la facultad de Derecho de la Universidad de Duke, al otro extremo del país.

Se casó con su actual esposa, Thelma Catherine Patricia Ryan, maestra de profesión, el 21 de junio de 1940. Algún tiempo más tarde entró al servicio del Gobierno de su país, ya en guerra, como abogado de la Administración de Precios, y finalmente en la Marina, donde alcanzó el grado de teniente comandante (capitán de corbeta) y en la que alcanzó considerable reputación como el emprendedor hombre de negocios que abrió y regentó un puesto de hamburguesas en la isla del Pacífico, donde prestó servicio durante algún tiempo y como consumado jugador de «poker».

Hasta que de nuevo empezó a desplegar una actividad que hacía pensar en el propósito de volver a la vida política activa, a nadie se le hubiera podido ocurrir que Nixon pudiese ser un día presidente de la nación más rica y poderosa. Incluso cuando era ya evidente que tenía serias aspiraciones presidenciales podía retenerse la impresión de que sólo la derrota podría estar al acecho en el caso improbable de que sus aspiraciones a ser candidato a la presidencia se viesan colmadas. ¿Cómo, en realidad, podría pensar en algo que para todo el mundo parecía simple quimera?

Es posible que la explicación esté en un párrafo de su libro *Six Crises*. Dice así: «El mayor de todos los imanes está en que aquellos que han conocido grandes crisis—sus retos y tensiones, sus victorias y derrotas—jamás podrán encajar ya en un lugar más sosegado y ordenado. Han apurado demasiado el contenido de la copa que da excitación a la vida y la hace digna de ser vivida para poder quedar satisfechos con la espuma.»

* * *

De Humphrey se puede decir que ha trabajado con tanto tesón, por lo menos, como Nixon por alcanzar la nominación como candidato a la presidencia. Proyectado al panorama de la vida política nacional en 1948, el año de la elección de Truman, como hombre del *New Deal* y paladín de unos derechos civiles iguales para todos los ciudadanos; autor de un punto—*plank*—en el programa demócrata de aquel año que se llegó a considerar como la gota de acibar que hizo desbordar la copa que Truman hubo de apurar, al

encontrarse no sólo frente a un candidato republicano, Thomas E. Dewey, cuya victoria se tenía por segura, sino ante la agitación izquierdista en su propio partido, encabezada por Henry Wallace, y, finalmente, la escisión sudista provocada por Strom Thurmond, hoy figura importante del Partido Republicano y responsable de lo que se ha definido como la «estrategia sudista» de la campaña presidencial de Richard Nixon, Humphrey fue causa principal y motor de aquella iniciativa en favor de los derechos civiles.

Desde entonces, el hombre que había sido estudiante, farmacéutico en el establecimiento de su padre, que se vio arruinado en los años de la gran crisis, maestro, alcalde y, finalmente, senador; el hombre que había ocupado siempre posiciones de vanguardia en su partido, localmente campesino-laborista, nacionalmente demócrata—es también miembro fundador de la A. D. A. o *Americans for Democratic Action*, una organización de tendencias liberales, incluso izquierdista con la cual llegó a tropezar con serias dificultades—, acabó cayendo bajo la influencia de Lyndon B. Johnson en los días en que se encontraba éste ocupando una posición dominante en el Senado. En particular en los años de Eisenhower en la presidencia en que la oposición, los demócratas, estaba en mayoría en el Congreso.

La influencia de Johnson sobre Humphrey, que se dijo acabó siendo decisiva para desviarle de posiciones acusadamente radicales, y por ello con poca o ninguna probabilidad de aceptación en un plano nacional, pudo haber sido de una gran ayuda. Pero sólo para desembocar la sensación tantalizadora de estar condenado a no poder tocar nunca lo que bien pudo creer que había tenido al alcance de la mano.

Si John Kennedy dejó definitivamente a Humphrey a la orilla del camino que quería seguir para alcanzar la nominación presidencial de su partido en 1960, en las elecciones primarias de la Virginia Occidental, la mano tendida por Johnson cuatro años después, para asegurar su elección como vicepresidente acaso pudo acabar teniendo consecuencias políticamente devastadoras. Porque en la situación a que se había llegado, todo hacía pensar en que lo único que podría ser garantía de derrota en las elecciones del 5 de noviembre sería la defensa abierta de la política iniciada y desarrollada desde la Casa Blanca en los últimos cuatro años, tanto en lo relativo a la guerra del Vietnam como a la guerra contra la pobreza y contra la carroña que estaba corroyendo y destruyendo el corazón mismo de muchas ciudades norteamericanas.

La situación para Humphrey apenas podría ser más desalentadora. Sin el sostenimiento, de alguna manera, de la política presidencial con la cual había estado comprometido y responsabilizado durante cuatro años, no sería fácil encontrar justificación política posible para la candidatura de Humphrey. Y el sostenimiento de esa política parecía ser garantía de derrota en las urnas.

La sensación de incomodidad en que parecía haber caído Humphrey alcanzó un punto máximo al dar lugar a que se recordase lo que se había dicho de Al Smith, aquel político que llegó a ser candidato a la presidencia, frente a Herbert Hoover, en 1929, después de haber vivido largamente a la sombra de Tammany Hall, la organización demócrata del Estado de Nueva York de tan mala reputación. Su ascensión política a través de la organización seguiría teniendo como rasgo dominante la decisión de «acatar las órdenes recibidas hasta que llegase el momento de encontrarse él en posición de darlas».

Lo cual quería insinuar que tan pronto como Humphrey llegase a la Casa Blanca y pudiese, en consecuencia, dar órdenes, se produciría lo inevitable: el rompimiento total y definitivo con la política seguida en los últimos cuatro años, que era la política de Johnson, naturalmente, por mucha que pudiese ser la identificación y responsabilidad de Humphrey, que sólo había sido, durante ese tiempo, el vicepresidente.

* * *

Mayor quizá que la diferencia que pudiese separar a los dos candidatos principales a la presidencia de los Estados Unidos este año, en cualquier caso vistas las cosas desde el lado político de la cuestión, es la diferencia que separa a los respectivos candidatos a la vicepresidencia, el republicano (antes demócrata), gobernador de Maryland, Spiro T. Agnew, y el senador de Maine, antes gobernador, Edward S. Muskie.

Los dos son norteamericanos de la primera generación, es decir, hijos de inmigrantes. Hasta que solicitó y recibió autorización legal para cambiar de apellido, el padre del primero era un griego de apellido Anagnostopoulos, que había llegado a ser propietario de un restaurante, quebrado, y ya bien entrado en años, había sacado adelante a la familia con un puesto de verduras ambulante. Su hijo, después de estudiar ciencias durante tres años en la prestigiosa Universidad de Johnson Hopkins, pensó que no era la ciencia lo que realmente le cautivaba, y con la esperanza de abrirse paso con alguna mayor facilidad en política decidió hacerse abogado. Aunque para ello fuese

necesario alternar el estudio, por la noche, en la Universidad de Baltimore, con el trabajo que le permitiese, durante el día, en una compañía de seguros, vivir y estudiar.

Sólo pudo terminar los estudios, sin embargo, pasados varios años, por haberse interpuesto la segunda guerra mundial, y cuando ya estaba casado, desde 1942. En un ambiente dominado por el Partido Demócrata, cambió de filiación, en 1946. En 1961 fue destituido del cargo que ocupaba en la administración del condado de Baltimore, aparentemente por razones políticas. Esto le movió a presentarse como candidato a un cargo de elección el año siguiente y salir triunfante, a pesar de que el censo electoral acusaba una mayoría demócrata de casi cuatro a uno.

Se dice que la designación de Mr. Agnew como candidato a la vicepresidencia al lado de Nixon es el triunfo de la «estrategia sudista» que buscó la eliminación sistemática de toda personalidad que pudiera considerarse como expresión o confirmación del deseo de dar alguna satisfacción al sector liberal del Partido Republicano y ejercer atracción quizá sobre muchos independientes y hasta demócratas abiertamente descontentos con la perspectiva de una candidatura por su propio lado encabezada por Hubert Humphrey. La preocupación fundamental de esta estrategia política parecía ser el confirmar en el candidato a la vicepresidencia la orientación que se suponía habría de dar Richard Nixon a la presidencia: en la decisión inflexible e inmovible del mantenimiento de la ley y el orden con especial hincapié en la última parte de la consigna. Y, algo menos conspicuamente en evidencia, pero no menos significativo tal vez, en la decisión de no hacer nada en favor de los derechos civiles, de la minoría negra, que fuese susceptible de ejercer una influencia adversa sobre un estado de opinión, sobre eso que se ha dado en llamar la «resaca blanca», mucha de ella—la gran mayoría—formada por gentes de posición modesta dentro del cuadro de una vida nacional dominada por un alto nivel de bienestar, aunque con excepciones de importancia y cuya simpatía política podría inclinarse más bien hacia el lado demócrata que el republicano.

Desde que empezó a ocupar el puesto de gobernador, en Mr. Agnew se había producido un notable cambio de actitud. Dos años de serios disturbios raciales ejercieron sobre él una influencia decisiva. Pero la causa de ello estaba en el ambiente, no en él mismo. «No he cambiado—declaró en conversación con los periodistas—. Estoy donde estaba, sin moverme. Son los otros los que se están moviendo más y más hacia la izquierda.»

En cualquier caso, Mr. Agnew, un personaje completamente desconocido nacionalmente hasta el momento de ser designado candidato a la vicepresidencia, parecía confirmar y ratificar la posición moderada, pero firme, del candidato republicano a la presidencia para cosas de tanta importancia este año como el mantenimiento del orden público.

Una posición bastante distinta a la del candidato demócrata a la vicepresidencia, el senador Edmund S. Muskie, también muy poco conocido nacionalmente, pero acaso con mayores posibilidades de añadir votos a una candidatura que estaba produciendo la impresión de estar desesperadamente necesitado de ellos. Como Agnew, Muskie es también norteamericano de la primera generación, hijo de un inmigrante polaco que se apellidaba Marciszewski, demasiado complicado y difícil para andar con él por las calles de una pequeña población de Maine, en la Nueva Inglaterra.

Como su padre, que pensó en un Papa para darle el segundo nombre, Sixtus, el senador Muskie es católico, liberal, con un sentido del progreso y la justicia social muy desarrollado y con muchas más probabilidades de añadir votos que restarlos a la candidatura encabezada por el vicepresidente Humphrey. Por ser, entre otras cosas, miembro de una minoría, la polaca, con unos seis millones de miembros en los Estados Unidos, diez veces más, en números redondos, que la minoría griega a que pertenece el candidato republicano a vicepresidente.

Muskie ha encontrado también un ambiente de simpatía en las barriadas obreras y en los mismos *ghettos* de las grandes ciudades, lo cual pudiera pesar mucho en su favor en tiempos normales. Son las grandes ciudades y los Estados de mayor población, en los cuales se encuentran esas ciudades; factores de mucha, acaso decisiva, importancia. Y en ellas casi cualquier cosa podría, de pronto, convertirse en un factor decisivo.

* * *

Las ciudades, acaso hoy por hoy la porción más insegura del mapa de los Estados Unidos, han recibido una atención preferente de los candidatos a la presidencia de los dos grandes partidos políticos. Con algo más hincapié en una ciudad que en otra y en los Estados en que se encuentran, tanto Nixon como Humphrey han mostrado una inclinación poco menos que irresistible a cultivar el favor y la simpatía de las mismas localidades y regiones. Esto es

inevitable, en cierto modo, en un país con una población que es urbana ya en más de las tres cuartas partes y sigue haciéndose más urbana cada día. Los días de las campañas electorales con visitas a la mayor parte de los Estados, a todos a ser posible, han pasado para siempre. La televisión pone una clara nota de superfluidad—y de un costo aterrador también—a semejante esfuerzo. Permite concentrar la mayor atención posible en centros y lugares de crítica importancia.

Así, Nixon ha prestado una atención especial, aunque no excesiva, a casi todos los Estados en que salió victoriosa su candidatura en 1960, frente a la de John F. Kennedy. Sin olvidarse nunca de otros en los que perdió, casi siempre por una diferencia muy pequeña y donde bien pudiera encontrarse la clave del éxito o la derrota este año. Nixon triunfó en 25 Estados—California, Oregón, Washington, Idaho, Utah, Arizona, Colorado, Wyoming, Montana, las dos Dakotas, Nebraska, Kansas, Oklahoma, Iowa, Wisconsin, Indiana, Ohio, Kentucky, Tennessee, Florida, Virginia Occidental, Vermont, New Hampshire y Maine—, con un total de 229 votos electorales, no muchos menos de los 270 necesarios para la elección del presidente. Los Estados en que perdió, por muy poco casi siempre, y en los que este año ha desarrollado una campaña singularmente activa son los de Tejas, Missouri, Illinois, Michigan, Pennsylvania, New Jersey y New York.

De conservar todos los Estados en que había triunfado su candidatura en 1960, le bastaría con la victoria en New York y cualquiera otro de estos Estados para tener asegurada la victoria, o en dos o tres de los restantes, según el número total de votos electorales.

Esto hace pensar en que son grandes, ciertamente, las posibilidades de victoria del candidato republicano este año. Pero si sólo se tratase de hacer conjeturas sobre el papel, más fácil todavía debiera parecer la victoria de Humphrey. Después de todo, es el candidato del partido que ocupa la presidencia de manera ininterrumpida desde las elecciones de 1932, con la sola excepción de los dos mandatos del general Eisenhower. Y Humphrey dedicó especial atención, a lo largo de toda la campaña electoral que se está cerrando en los momentos de la entrada en prensa de este número de POLÍTICA INTERNACIONAL, en los Estados donde ha creído que eran mayores las posibilidades de triunfo: Maine, Massachusetts, Rhode Island, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensylvania, Maryland, Washington (distrito Federal, con tres votos electorales), Virginia Occidental, Carolina del Norte, Florida, Ohio, Michigan, Wisconsin, Illinois, Missouri, Minnesota, Tejas y

California, con un total de 331 votos electorales, más que suficiente para tener asegurados cuatro años de residencia en la Casa Blanca.

Pero todo acaba en divagación pura, y la mejor demostración de ello está en que hay Estados que consideran como seguros o probables uno y otro candidato. La situación se ha complicado un poco más este año por cosas como la presencia de ese candidato de un tercer partido, Wallace, a quien se concedían grandes probabilidades de éxito en varios Estados del Sur, con lo que podrían ser estériles los esfuerzos por alcanzar en ellos una mayoría tanto de Nixon como de Humphrey. Y con posibilidades crecientes, incluso tentadoras, de hacer serias incursiones en la votación tradicionalmente demócrata o republicana en otros Estados por el Centro-Oeste y por algunas de las regiones más industrializadas del país.

* * *

Muy cerca de las elecciones, la nota dominante del panorama político norteamericano es la confusión, el desconcierto y, sobre todo, el miedo. Miedo a las consecuencias de una guerra que se prolonga demasiado y para la cual se destinan en el presupuesto de este año fiscal que termina el 30 de junio próximo unos 28.500 millones de dólares, bastante menos, sin duda, de lo que en realidad se acabará gastando; una guerra en la cual pasan mucho de 200.000 las bajas norteamericanas—incluidos cerca ya de los 30.000 muertos—y son enormes las pérdidas de material y de moral; miedo, sobre todo—casi pánico ya—, a una situación interna que se está traduciendo en un estado de rebeldía y hasta de insubordinación en situaciones como la que se dio cuando cuarenta y tres soldados negros de una división estacionada en Tejas se negaron a ser trasladados a Chicago, en prevención de lo que allí pudiera suceder durante la celebración de la Asamblea Nacional Demócrata, por no querer oponerse con bayonetas y granadas de gases lacrimógenos a sus *soul brothers*, literalmente, hermanos de alma.

En el grupo se encontraban veintiséis veteranos de la guerra del Vietnam, lo que sirvió para acentuar la necesidad de tomar medidas disciplinarias rigurosas.

—Es una orden legal y ha de ser obedecida—declaró un general de servicio en el Pentágono.

—Estamos convencidos de que hemos hecho ya bastante por nuestro país—comentó uno de los soldados rebeldes—. No deberían mandarnos ir

HUBERT NIXON, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA

allá para hacer daño a nuestros propios semejantes. No puedo pensar siquiera en la situación en que me encontraría de tener que rociar a mis conciudadanos con gases lacrimógenos.

Cosas así—las hay bastante peores—no se habían dado con frecuencia en los Estados Unidos. Y sin tener esto y mucho más en cuenta, no es posible comprender lo que está sucediendo en la campaña electoral en que se disputan la presidencia unos candidatos que bien pudieran considerarse como normales para unas circunstancias totalmente anormales.

Pensando tal vez en eso, un corresponsal extranjero llegó a decir, a manera de respuesta a su propia pregunta sobre cómo se había podido permitir que las cosas llegasen a donde habían llegado, que una lección de especial interés e importancia para estos momentos es que «los hombres débiles en política son frecuentemente mucho más peligrosos que los malvados».

Una conclusión terrible, ciertamente, para ser tomada en serio.

JAIME MENENDEZ.

1940. The first of these was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act. The second was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act. The third was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act. The fourth was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act. The fifth was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act. The sixth was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act. The seventh was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act. The eighth was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act. The ninth was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act. The tenth was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act.

1940. The first of these was the "New Deal" program, which was a series of economic and social reforms initiated by President Franklin D. Roosevelt in response to the Great Depression. The program included the creation of the Social Security Administration, the National Labor Relations Act, and the Federal Reserve Act.

NOTAS

